



La carta con que su novio puso fin a la relación terminaba con "cuídese mucho", el nombre de su exposición.

LA MARCA REGISTRADA DE *Sophie Calle*

A partir de un *mail* que un novio le envió para terminar la relación, la artista francesa le pidió a 107 mujeres que interpretaran esa carta: con ese material creó un trabajo original, único y provocador que tituló *Cuídese mucho*. La exposición se presenta en el MAC del Parque Forestal, dentro del Festival Santiago a Mil 2019, que este año está dedicado a las mujeres creadoras. “No era una venganza”, asegura.

POR PAULA ESCOBAR CHAVARRÍA

Una de las últimas mañanas de 2018, Sophie Calle aparece en el *lobby* de un hotel frente al Parque Forestal, y conversa con “Sábado” sobre su vida, obra y la particular mezcla de ambas que lleva su marca.

—La exposición *Cuídese mucho* es, probablemente, su trabajo más conocido y valorado globalmente. ¿Por qué cree que ha tenido tanto éxito?

—No creo que haya una ra-

zón. Hay una conjunción entre la idea y lo visual que funcionó. Yo agradezco el interés que causa, pero no es mi trabajo explicar esto. Es labor tuya analizarlo —ríe.

—Quizá el impacto de la exposición tiene que ver con dar vuelta la vulnerabilidad que provoca el abandono amoroso, transformándolo en una reflexión artística original.

—Es lo que hago siempre con mi trabajo. En la mitad de

mis proyectos utilizo momentos de mi vida, no todos, pero a los que les veo una posibilidad artística. Pero no es un trabajo sociológico, lo que quiero es enfrentarme a la pared y hacer una obra de arte, no un análisis. Y he utilizado esta carta que termina con esa frase: “Cuídese mucho”.

—¿Fue una venganza?

—No, no. Para mí no era una venganza contra este hombre. Es complicado irse; tienes que

buscar palabras que no duelan y eso es muy difícil. Esta es una carta de alguien que se va, pero no es peor que otras del mismo tipo. Pienso que nadie que se va puede escribir algo agradable de leer.

—¿Cómo se le ocurrió transformar una ruptura en este proyecto?

—Le conté a mi mejor amiga lo que me había pasado, y mientras ella leía el *mail*, inmediatamente visualicé la



de Venecia y, como no todos hablan francés, me di cuenta de que debía encontrar un lenguaje universal...

—¿Y Laurie Anderson?

—Bueno, ella es mi mejor amiga, y vivo en su casa cuando estoy en Nueva York. Fue la primera que se me vino a la cabeza cuando pensé en artistas.

—¿Qué pasó con el autor del mail, que debe haber pensado que era algo privado y terminó en la Bienal de Venecia y ahora en Chile?

—Se comportó muy bien. Él no sabía al principio, pero alguien se lo contó y le expliqué lo que iba a hacer. Él encontró la idea muy violenta y difícil para él. No le gustaba ser el protagonista, pero si le interesaba la idea y decidió no oponerse. Hizo un libro el año pasado contando su versión y respondiéndome. ¡Es su respuesta! —dice acerca de la última novela de Grégoire Bouillier.

El poder de la ausencia

—La ausencia y la pérdida son parte esencial de su obra.

—Sí, está en todo. En *Cuídate mucho*, pero también en otras obras, como *Rachel Monique* sobre mi madre que muere. *Suite veneciana* es sobre un hombre que no conozco pero que sigo a Venecia, como un fantasma, provocando una relación sin reciprocidad... Si veo mi trabajo, casi siempre se trata de lo que no está.

—*Suite veneciana*, en el año 80, fue su primera obra, pero tiene las características particulares de su trabajo. ¿Cómo partió esa manera de crear?

—Bueno, después del colegio fui a un largo viaje de siete años por el mundo. Cuando volví de México a París, no sabía nada de mi ciudad. Ya no era la de mayo del 68, no cono-

"Una idea lleva a la otra. Sigo a gente en la calle. Si el hombre que sigo se queda en un hotel, entonces se me ocurre buscar un trabajo de camarera en ese hotel".

imagen potencial. Y cuando esta mujer, que tiene un buen sentido del humor, comenzó a comentar la carta, vi todas las posibilidades de este proyecto. Lo único que faltaba entonces era la idea de darla solo a mujeres para que la interpretaran con su vocabulario profesional.

—Usted les pidió que fuera sin sentimentalismo alguno.

—Claro, esto no era una terapia; había que encontrar una

distancia y esa fue la idea, de cómo la interpreta cada una. Y si les pedí a mujeres y no a hombres, no fue solo por feminismo. Sino porque me pareció que era típicamente la carta de un hombre a una mujer y no viceversa.

—¿Por qué?

—No sé, pero así lo veo yo. Además, no quería que este trabajo se transformara en una comparación entre cómo los hombres y las mujeres lo

interpretan.

—Fueron 107 de distintas profesiones.

—Claro, pero eso fue de a poco. Cada una me llevó a la otra. Al principio fueron las evidentes, como la correctora de textos, y luego se hizo cada vez más sutil, buscando el análisis musical o semiológico. Pero no me senté a planificar. Yo no había imaginado cantantes o actrices, pero se presentó en el pabellón francés de la Bienal



Montaje de la exposición
Cuídese Mucho.

EL MERCURIO

cía a nadie, no tenía trabajo. Mi padre me ayudó, me dio un techo (yo nunca había vivido con él). Entonces, era como una adolescente perdida. No tenía energía, no sabía qué hacer. Y empecé a seguir gente en la calle, para descubrir la ciudad e ir donde me llevaran. No sé por qué. Quizá para no tener que decidir. Me gustó esa pasividad, que me llevaba a algunos sitios, y era lo que correspondía a mi estado mental. Comencé a tomar fotos de ellos, me gustaban estas imágenes furtivas, y luego me puse a escribir. Era un tipo de escritura que me gustaba, como un reportaje con distancia, sin sentimentalismo, económico.

—Su padre era coleccionista de arte contemporáneo, ¿no?

—Sí. Y yo quería seducirlo, captar su interés, entonces esta era una forma. Sabía que no podía pintar, pero mis imágenes y textos juntos sí funcionaban. Y así encontré un medio que me parecía una posibilidad para mí.

—En otro de sus trabajos, le pidió a su madre que contactara a un detective para que la siguiera a usted misma.

—Sí, el Centro Georges Pompidou me encargó un autorretrato y, como yo seguía a gente, quise que me siguieran a mí.

—Su madre fue su cómplice.

—Claro, estuve en la agencia de detectives y eso.

—Ella aparece mucho en su obra. Hay un trabajo completo sobre su muerte. ¿Fue difícil hacerlo?

—La muerte de la madre es difícil para todos, salvo que la odies —y puede ser casi peor, ¿no?—, que no es mi caso. No he visto a nadie que salga de este proceso igual. Por otra parte, siempre me ha obsesionado el último momento: la última vez que ves a alguien, la última noche con un hombre, la última palabra antes de morir. Cuando voy a una fiesta me gusta irme de las últimas. Mi madre me dijo que quería morirse con Mozart y me hizo el

encargo de ponerlo en el momento final. Estuve tres meses viviendo con ella, casi no me movía de ahí, pero igual tenía que salir a veces. Y así tuve la idea de poner una cámara por si ella quería decirme algo y yo no estaba. Pero yo estuve en el cuarto cuando murió.

—En ese trabajo usted explora sus once minutos finales...

—Sí, los escogí porque durante ese lapso no entendí la muerte. Pensé que la muerte iba a ser muy visible, pero me di cuenta de que hubo como once minutos entre la última vez en que la vi respirar y el momento en que puse a Mozart. Era un momento de *no man's land*, un instante entre la vida y la muerte. Yo no miré los tres meses que filmé, sino solo la última cinta y he visto esto que no entendí y la enfermera tam poco... No sabíamos si estaba viva o muerta y eso es muy extraño. Y me sorprendió no haber puesto la música en el momento correcto.

—¿Cómo es su proceso creativo?

—A veces una idea lleva a la otra. Por ejemplo, sigo a gente en la calle, el hombre que sigo se queda en un hotel, entonces se me ocurre buscar un trabajo de camarera en ese hotel. Otras veces leo algo interesante en un periódico, como en Turquía acerca de la gente que es tan pobre que nunca ha visto el mar y decido llevarla para que vea el mar por primera vez. En otras ocasiones es pura suerte. Tengo ideas en cajones, a la espera. Es una mezcla, pero es un camino que tiene su lógica.

—A usted le interesan mucho los rituales. Como los que hacía en sus cumpleaños, en que el número de invitados era el de la edad que cumplía, y luego guardaba los regalos en vitrinas.

—Al principio lo hice por razones sicológicas. Siempre tenía miedo de que me olvidaran en el día de mi cumpleaños. Y me pasaban cosas terribles en

ese día porque estaba tan ansiosa que llamaba a la mala suerte. Entonces, me gustaba tener frente a mis ojos la prueba de que tenía amigos que me querían y me habían llevado regalos. Era como quedarme con pruebas. Lo hice por catorce años. Y luego me di cuenta de que era un ritual sin alma, artificial, porque ya no tenía miedo. Antes era esencial para sentirme mejor; después fue algo sin razón, mecánico, y lo dejé de hacer.

—Cuando su padre murió, usted pensó que no tendría más ideas...

—Sí. Me fui a viajar sola. Pensé que no se me iba a ocurrir nada más, y estaba muy en paz con la idea.

—¿Por qué?

—Porque pensé que ya había hecho muchos libros y exposiciones y estaba bien también si ya no hacía más. Yo no quería parar, porque me da placer mi trabajo, pero si no, no era un desastre tampoco. Bueno, así lo sentí ese año. Quizá después de dos, tres años, no hubiera sido así, pero estaba en calma.

—¿Qué pasó entonces?

—Me ofrecieron una exposición en el Musée de la Chasse et de la Nature en París. Dije que sí, pero presentando trabajos antiguos. Y haciendo eso, sin presión, se me ocurrieron ideas nuevas. Primero una, otra más y luego fue la exposición entera, que se inauguró el año pasado. Por ejemplo, un trabajo acerca de los hombres que ponen anuncios para encontrar mujeres. Traté de analizar, desde 1890 hasta ahora, qué tipo de mujer buscan. Estudiar la evolución de lo que requerían. Y ahora estoy investigando lo mismo en las mujeres.

—Esta es su primera visita a Chile. ¿Qué le gustaría provocar?

—Quiero provocar interés, prefiero que haya 10 mil visitantes que mil, pero no tengo una meta especial. Muestro mi trabajo hace tanto tiempo, que ya no tengo fantasías especiales. No estoy aburrida ni cansada de lo que hago, pero ya mi vida y mi trabajo existen. No van ni a desaparecer ni a multiplicarse por mil. Tengo que hacer otras cosas para tener emociones fuertes.

—¿Como cuáles?

—Como la última exposición que hice en París, hace un mes, por la que empecé a cantar. Resulta que mi gato se murió después de 17 años. Las tres personas con las que he vivido son mi madre, mi padre y mi gato (tengo un novio hace quince años, pero no vivimos juntos). Y temía mucho la muerte de mi gato, pues temía que pasara al mismo tiempo que la de mi padre, y así fue. Sentí esta ausencia de una manera muy física. Y para mí, que trabajo con la ausencia, esta era muy fuerte, de olor, de sonido, cotidiana. Quise hacer algo con eso, y se me ocurrió pedirle a Laurie Anderson que me hiciera una canción sobre mi gato, y luego se desarrolló el proyecto. Finalmente, 40 músicos —entre ellos Bono, Pharrell Williams— han participado en este triple vinilo, y yo compuse una canción también! Eso fue emocionante, porque de pronto me enfrenté con un nuevo territorio, que no conozco, y además es una locura hacer un disco, es otro mundo...

Sophie Calle cuenta que cuando era joven era una feminista muy militante y luchaba por los derechos de la mujer, en especial por el derecho al aborto. Ayudaba a su realización en Francia, hasta que el aborto fue legal en su país.

—¿Hay discriminación o machismo en el mundo del arte?

—La hay. No se le da el mismo espacio, se paga menos... Eso es una realidad. Pero no solo en el mundo del arte. Dicho eso, no puedo ponerme como víctima, pues tengo un lugar tan protegido, que no puedo quejarme.

—Este festival está dedicado a las mujeres creadoras. ¿Qué le diría a una joven artista?

—Estamos en países diferentes, no puedo dar consejos. Pero para mí lo importante fue el sentido de libertad con que organicé mi vida. Pero

esta muerte que yo temía... Pero si tienes una vida familiar, no puedes... No tener niños fue una decisión complicada, porque el mundo entero quiere que tengas hijos.

—¿Por qué?

—Cada día de la vida de una mujer alguien le pide que tenga hijos: ¡Es una dictadura increíble! Es mucho más difícil no tener niños que tener. Yo no sé por qué la gente quiere tanto que tengas hijos; desconozco si es por generosidad o por envidia, para que seas tan poco libre como ellas. Temo que no sea siempre por generosidad... Pero esto no es una ley, es mi manera. Para mí, esta libertad de no responsabilizarme de otros era lo que yo necesitaba. Y si cuento cada minuto en que me dio arrepentimiento al ver a una familia feliz, serán en total, digamos, 24 horas? Y si pongo los momentos donde he pensado “¡Qué suertel!”, es todo el resto de mi vida...

—Usted es una mujer fuerte, original, con éxito, en un mundo donde aún hay machismo. ¿Ha pagado un precio?

—No creo. Como en la vida de cada cual, hay momentos de soledad, pero no es el precio. Gente con ocho niños puede tenerlos. La soledad me gusta mucho, no puedo hablar de eso como un precio. Es un placer, casi siempre. Quizá el precio lo voy a pagar cuando tenga 80, cuando nadie se ocupe de mí. Pero no es una buena razón para tener niños. Siempre hice lo que yo quería hacer, funcionó bien mi trabajo, sin locura, poco a poco, cada vez mejor.

—¿Cree que en los próximos años se va a alcanzar la igualdad de derechos entre hombres y mujeres?

—Sí, sí, creo que sí. Y van a parecer una barbaridad algunas cosas que pasan hoy. Una barbaridad absoluta. S

“En mis proyectos utilizo momentos de mi vida, no todos, pero a los que les veo una posibilidad artística”